

EMIR RODRIGUEZ MONEGAL

LA GENERACIÓN DEL 900

APUNTE PRELIMINAR

NO OBEDECE A UN CAPRICHOS DE LA MODA LITERARIA la aplicación del concepto de generaciones al grupo de escritores uruguayos del 900. Antes que la publicación sucesiva de textos capitales actualizara el tema, se había referido la expresión —y sin sospechar sus proyecciones metodológicas— a la literatura del período en el *Proceso Intelectual del Uruguay* de Alberto Zum Felde.¹ Es cierto que allí no se desentrañaba (quizá ni se intuía) la problemática del concepto. Pero no es menos cierto que se discernían empíricamente, y de manera discontinua, algunas generaciones en la historia literaria del país, al tiempo que se dibujaba el mundo histórico-cultural en que se desarrollaron.

Este trabajo pretende precisar el examen de Zum Felde, recurriendo con tal fin a las conclusiones aportadas por la reflexión metodológica más reciente, así como a la información que facilitan las investigaciones realizadas en los últimos años. Quizá no sea superfluo indicar que no pretende agotar el tema, de incalculable vastedad, y que, además, el autor posee clara conciencia de las limitaciones del procedimiento y, por consiguiente, del resultado.

I

Conviene advertir, desde ya, que aquí se intenta precisar —y legitimar así sea parcialmente— un concepto de *generación literaria*. Resulta, por tanto, marginal toda discusión sobre la trascendencia historiográfica del término, y no se entrará a dilucidar si (como quiere Ortega) es “el concepto más im-

1. Montevideo, Imprenta Nacional Colorada, 1930, 3 vol. En 1921 había publicado el autor una *Crítica de la literatura uruguaya* (Montevideo, Maximino García) que puede considerarse germen del *Proceso*.

portante de la Historia y, por decirlo así, el gozne sobre el que ésta ejecuta sus movimientos”²; o si (como opina Laín Entralgo) es sólo un “suceso histórico de contorno más o menos convencional”.³ Tampoco se podrá considerar el tema, tan fascinante, de la no coetaneidad de las distintas artes —tema que ha generado las especulaciones de Pinder—. ⁴ Esto no significa que no se haya tomado posición en el problema; significa que tal discusión excede los límites naturales o propuestos del trabajo.

Algunas intuiciones, opiniones o teorías de los filósofos e historiadores permiten acceder a un concepto válido de generación.⁵ Prescindiendo de algunos nombres importantes (el de Comte, el de Mannheim, por ejemplo) es posible trazar la evolución del concepto a partir de una afirmación de Stuart Mill: “In each successive age the principal phenomena of society are different from what they were in the age preceeding, and still more different from any previous age: the periods which most distinctly mark these succesive changes being intervals of one generation, during which a new set of human beings have been educated, have grown up from childhood, and taken possession of society”.⁶ Prolonga allí Mill alguna indicación de Comte, señalando concretamente la existencia de las generaciones históricas, su comunidad de estudios y su ascenso al poder. En 1875 intenta en Alemania una definición. Wilhelm Dilthey (a quien ya preocupaba el tema desde su ensayo sobre Novalis, 1865): una generación es “un estrecho

2. El tema de nuestro tiempo, Madrid, Calpe, 1923, pág. 20.

3. Las generaciones en la historia, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1946, pág. 281.

4. El problema de las generaciones en la historia del arte de Europa, Buenos Aires, Editorial Losada, 1946, págs. 173-192.

5. He manejado tres exposiciones o resúmenes de la historia del problema: el de Julius Petersen: *Die Literarischen Generationen*, 1930 (trad. cast.: *Las generaciones literarias*, en *Filosofía de la Ciencia literaria*, obra colectiva publicada bajo la dirección de E. Ermatinger, México, Fondo de Cultura económica, 1946, págs. 137-193); el de Pedro Laín Entralgo en 1945 (ob. cit., págs. 207-264); el de Julián Marías en 1949: *El método histórico de las generaciones* (Madrid, Revista de Occidente, 192 págs.). Por su rigor, por su lucidez, por su sabiduría filosófica, es la última la mejor. Con ella tiene una gran deuda este trabajo.

6. Citado por Marías, ob. cit., pág. 32.

círculo de individuos que, mediante su dependencia de los mismos grandes hechos y cambios que se presentaron en la época de su receptividad, forma un todo homogéneo a pesar de la diversidad de otros factores”.⁷ Por su parte, en 1923, Eduardo Wechsler señala: “A distancias desiguales, se presentan promociones nuevas, mejor dicho, los voceros y cabecillas de una nueva juventud que se hallan trabados íntimamente por supuestos similares, debidos a la situación temporal y, externamente, por su nacimiento dentro de un término limitado de años”.⁸ Aquí la fecha de nacimiento aparece como elemento de caracterización, importante aunque externo, y enfrentada a la de *promoción*.

Ninguno de estos autores había alcanzado a construir una *teoría* de las generaciones y, además, sus observaciones aparecían inconexas, sin encontrar fundamento en una concepción total del mundo y de la historia. En 1923 se publicó la obra en que por vez primera expondría nítidamente Ortega y Gasset su idea de las generaciones: *El tema de nuestro tiempo*. Allí escribe: “Las variaciones de la sensibilidad vital que son decisivas en la historia se presentan bajo la forma de generación. Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada”.⁹

No cesará Ortega de elaborar el concepto que se enraiza en su concepción filosófica más profunda, donde hay que situarlo para alcanzar su plena intelección. Pero —y esto es muy típico de su política literaria— nunca lo explanará totalmente en un solo cuerpo. Y será necesario rastrearlo a través de unos quince textos dispersos a lo largo de treinta años, o remitirse a la exposición coherente y didáctica de Julián Marías. A la

7. Citado por Petersen, ob. cit., pág. 154.

8. Citado por Petersen, ob. cit., pág. 161.

9. Ob. cit., págs. 19-20. Laín señala atinadamente que a diferencia de Dilthey —que se refiere a un estrecho círculo, a una minoría—, Ortega concibe la generación como un cuerpo social íntegro.

definición ya transcripta cabría agregar otras observaciones complementarias en las que abunda el libro citado.¹⁰ Pero importa más ahora ver su desarrollo en trabajos posteriores, como por ejemplo uno de 1933 que establece la distinción capital (ya indicada por Pinder)¹¹ entre contemporáneos y coetáneos: "Toda actualidad histórica, todo "hoy", envuelve en rigor tres tiempos distintos, tres "hoy" diferentes, o dicho de otra manera, que el presente es rico de tres grandes dimensiones vitales, las cuales conviven alojadas en él, quieran o no, trabadas unas con otras, y por fuerza, al ser diferentes, en esencial hostilidad. "Hoy" es para unos veinte años, para otros cuarenta, para otros sesenta; y eso, que siendo tres modos de vida tan distintos tengan que ser el mismo "hoy", declara sobradamente el dinámico dramatismo, el conflicto y colisión que constituyen el fondo de la materia histórica, de toda convivencia actual. Y a la luz de esta advertencia se ve el equívoco oculto en la aparente claridad de una fecha. 1933 parece un tiempo único, pero en 1933 viven un muchacho, un hombre maduro y un anciano, y esa cifra se triplica en tres significados diferentes, y a la vez abarca los tres: es la unidad en un tiempo histórico de tres edades distintas. Todos somos contemporáneos, vivimos en el mismo tiempo y atmósfera —en el mismo mundo—, pero contribuimos a formarlo de modo diferente. Sólo se coincide con los coetáneos. Los contemporáneos no son coetáneos: urge distinguir en la historia entre coetaneidad y contemporaneidad. Alojados en un mismo tiempo externo y cronológico, conviven tres tiempos vitales distintos".¹² Cada generación, pues, no actúa sola sino en presencia de otras, contra otras.

Más adelante, precisará Ortega este concepto al señalar que "la más plena realidad histórica es llevada por hombres que están en dos etapas distintas de la vida, cada una de

10. Por ejemplo, ésta: "Cada generación representa una cierta actitud vital, desde la cual se siente la existencia de una manera determinada". (Véase ob. cit., pág. 21.)

11. Véase, especialmente, La "no contemporaneidad" de lo contemporáneo, ob. cit., págs. 45-59.

12. Los tres "hoy" diferentes de cada "hoy", en La Nación, Buenos Aires, 10-IX-1933, 2ª sec., pág. 1.



José Enrique Rodó.



Julio Herrera y Reissig.

quince años: de treinta a cuarenta y cinco, etapa de gestación o creación y polémica, de cuarenta y cinco a sesenta, etapa de predominio y mando. Estos últimos viven instalados en el mundo que han hecho: aquéllos están haciendo su mundo. No caben dos tareas vitales, dos estructuras de la vida más diferentes. Son pues, dos generaciones y —¡cosa paradójica para las antiguas ideas sobre nuestro asunto!— lo esencial en esas dos generaciones es que ambas tienen puestas sus manos en la realidad histórica al mismo tiempo —tanto que tienen puestas las manos unas sobre otras, en pelea— formal o larvada. Por tanto, lo esencial no es que se suceden, sino, al revés, que conviven y son contemporáneas, bien que no coetáneas. Permitaseme hacer, pues, esta corrección, a todo el pasado de meditaciones sobre este asunto: lo decisivo en la idea de las generaciones no es que se suceden, sino que se solapan o empalman. Siempre hay dos generaciones actuando al mismo tiempo, con plenitud de actuación, sobre los mismos temas, y en torno a las mismas cosas, pero con distinto índice de edad y, por ello, con distinto sentido”.¹³

De toda esta especulación analítica ha podido extraer Ortega, una concisa definición: “El conjunto de los que son coetáneos en un círculo de actual convivencia, es una generación. El concepto de generación no implica, pues, primariamente más que estas dos notas: tener la misma edad y tener algún contacto vital”.¹⁴

Quedan en pie, sin embargo, algunos problemas de distinta entidad. Ante todo el que se refiere a la precisión de la edad. Ortega aclara una confusión en que ha incurrido hasta Huizinga: no se trata de edad matemática, sino *vital*. “La edad es, dentro de la trayectoria vital humana, un cierto modo de vivir —por decirlo así; es dentro de nuestra vida total una vida con su comienzo y su término: se empieza a ser joven y se deja de ser joven, como se empieza a vivir y se acaba de vivir. (...) La edad, pues, no es una fecha sino una *zona de fechas* y tienen

13. El pasado, entraña de lo actual, en *La Nación*, Buenos Aires, 24-IX-1933, 2ª sec., pág. 1.

14. Los tres “hoy”, etc., pub. cit.

la misma edad, vital e históricamente, no sólo los que nacen el mismo año, sino los que nacen dentro de una zona de fechas".¹⁵

Otro problema se refiere a la naturaleza de los cambios históricos. Ortega deslinda dos posibilidades: A) cuando cambia algo en nuestro mundo; B) cuando cambia el mundo. Cada generación postula un cambio en el mundo —cambio que no suele ser (salvo en caso de crisis histórica) excesivamente pronunciado—. Lo que se modifica es la estructura de las vigencias. (Marías aclara: "Los usos sociales, las creencias, las ideas del tiempo se imponen automáticamente a los individuos; éstos se encuentran con ellos y con su presión impersonal y anónima; no quiere esto decir que forzosamente hayan de plegarse a los contenidos vigentes; pero tienen que contar con ellos, tienen que habérselas con ellos, para aceptarlos o para rechazarlos, y eso quiere decir tener vigencia".)¹⁶

Un tercer problema surge al determinar la duración de las generaciones. Escribe Ortega: "El sistema de vigencias en que la forma de la vida humana consiste, dura un período que casi coincide con los quince años. Una generación es una zona de quince años durante la cual una cierta forma de vida fué vigente. La generación sería, pues, la unidad concreta de la auténtica cronología histórica, o, dicho en otra forma, que la historia camina y procede por generaciones. Ahora se comprende en qué consiste la afinidad verdadera entre los hombres de una generación. La afinidad no procede tanto de ellos como de verse obligados a vivir en un mundo que tiene una forma determinada y única."¹⁷

Con estas consideraciones concluye la parte analítica de la teoría. Un último problema —determinar la serie histórica de las generaciones— pertenece ya a la empírica. Y aquí es donde se abandona el acento afirmativo, la posición sólida, para ingresar en el terreno de la hipótesis y, por consiguiente, de la polémica. Conviene advertir, ante todo, que Ortega no ha determinado la serie; ha esbozado sin embargo, una posible su-

15. Citado por Marías, ob. cit., pág. 99.

16. Ob. cit., pág. 84.

17. Citado por Marías, ob. cit., pág. 104.

cesión de generaciones, a partir del siglo XIX, y cuya fecha central (es decir, el año medio de cada período de quince) sería: 1812, 1827, 1842, 1857, 1872, 1887, 1902, 1917, 1932, 1947. Con esta hipótesis germinal —tan peligrosa para quien no sepa manejarla— se cierra por ahora su teoría que, como señala Marías, es la única que coloca en su verdadero lugar y da fundamento filosófico al problema de las generaciones.¹⁸

Dentro de cada generación histórica pueden deslindarse pedagógicamente varios grupos o unidades según el punto de mira que se elija: política, ciencia, arte, etc. Tal procedimiento resulta legítimo si no se pretende afirmar que en la realidad histórica ya se dan aislados, y, por el contrario, se independizan (con clara conciencia de artificio) las unidades políticas de las literarias, las científicas de las plásticas. Al aplicar, como se hace aquí, el método de las generaciones al estudio de un grupo literario, se conoce perfectamente el margen de convencionalismo, de arbitrariedad, que ello supone. Este margen aumenta rápidamente si lo que se intenta es determinar no una generación ideal, sino una específica: la uruguayana del 900. En efecto, cómo fijar la existencia de tal generación del 900 (por imprecisa que sea la fecha) si no es apoyándose en una serie histórica que —ya se ha visto— aún no ha sido determinada. Así planteado, parece insoluble el problema. Pero si del terreno teórico se pasa al empírico, no es imposible afirmar la existencia de un importante grupo de escritores —cuyas cabezas principales serían Viana, Reyles, Rodó, Vaz Ferreira, Herrera y Reissig, María Eugenia Vaz Ferreira, Sánchez, Quiroga y Delmira Agustini— que imperan hacia el 1900. Tal grupo parece postular la existencia de una generación literaria.¹⁹ Del examen de su mundo, de sus vinculaciones, colectivas e interindividuales, se intentará extraer los elementos que permitan fundamentar esta existencia.

18. Es posible señalar algún reparo a la labor tan espléndidamente cumplida por Marías. En su afán de reivindicar la originalidad de la teoría de su maestro, olvida a veces el papel que les corresponde a otras, como fuentes de su pensamiento. Así, por ejemplo, Marías expone a Ortega —cuya teoría recién empieza a adquirir cuerpo en 1923— antes de la indudablemente más modesta de François Mentré (*Les générations sociales*, 1920). Esta alteración cronológica no parece justificada.

19. Para simplificar este estudio he usado, casi siempre, el ejemplo de estos nueve escritores. Esto no significa que ellos solos compongan la generación.

II

En su estudio sobre las generaciones literarias establece Petersen ocho factores básicos que las forman. Aunque no pueda aceptarse que todos *forman* (o determinan) la generación, y aunque sea necesario afinar en casi todos los casos el criterio interpretativo, puede resultar provechosa la aplicación del esquema al grupo del 900. Hay que evitar, sin embargo, confundirlo con la prueba del 9 de las generaciones.²⁰

1. *Herencia*. El grupo del 900 presenta un ejemplo ilustre: Carlos y María Eugenia Vaz Ferreira. No costaría señalar en el genio de cada uno los rasgos comunes, atribuibles presuntamente a la herencia familiar: la limpia inteligencia, la lograda profundidad, la tendencia a la especulación. Podrían apuntarse también las notas disyuntivas: una organización más lúcida, más nítida, en la problemática del filósofo; una irresistible vocación metafísica, de caracteres angustiosos, en la poetisa. El caso de los hermanos Vaz Ferreira no es único. Podría recordarse en otro plano a Héctor y César Miranda, a Daniel y Carlos Martínez Vigil.²¹ Por otra parte, no debe concederse demasiada importancia a este "factor" que confunde *generación con genealogía*.

2. *Fecha de nacimiento*. Los mayores del grupo (Viana y Reyles) nacen en 1868; en 1886, la menor, Delmira Agustini.²² Queda establecida así una *zona de fechas* que abarca diez y ocho años. Apoyándose en esta diferencia, bastante con-

20. En confusión semejante parece haber incurrido Pedro Salinas: El concepto de generación literaria aplicado a la del 98, en *Revista de Occidente*, año XIII, N^o CL, Madrid, diciembre de 1935, págs. 249-259. El texto ha sido incluido en *Literatura española siglo XX*, México, Editorial Séneca, 1941, págs. 43-58.

21. Otro caso: el de Alberto Sánchez, el Guri, hermano del dramaturgo. Una vez Roberto J. Payró, entusiasmado por su inteligencia, le dijo: "Usted no es el hermano de Florencio. Florencio es hermano suyo". (Fernando García Esteban refiere el episodio en *Vida de Florencio Sánchez*, Stgo. de Chile, Editorial Ercilla, 1939, págs. 153-55.)

22. Rodó nace en 1871; Vaz Ferreira en 1872; en 1875 Herrera y Reissig, Sánchez y María Eugenia Vaz Ferreira; en 1878, Quiroga.

siderable, sostuvo Vaz Ferreira, en conversación privada, que le parecía inadecuado hablar de una generación. El lapso podría reducirse algo si se atiende a una advertencia, sumamente pertinente, de Ortega: "... las mujeres de una generación son constitutivamente, y no por azar, un poco más jóvenes que los hombres de esa generación, dato más importante de lo que a primera vista parece".²³ Habría que tener en cuenta, además, la precocidad de Delmira, que le permitió incorporarse desde 1902, aunque puerilmente, al movimiento literario de sus mayores.²⁴

3. *Elementos educativos*. Un rasgo sumamente característico de este grupo es que (con excepción de Vaz Ferreira) sus integrantes no fueron universitarios. En otra oportunidad he señalado este divorcio, indicando que las vinculaciones de sus componentes con la Universidad fueron tenues y azarasas. En efecto, la mayoría de ellos, no logró títulos universitarios. (Algunos no aspiraron; otros los menospreciaron.) Y aunque es cierto que sus nombres pueden resultar lateralmente vinculados a la Universidad —Rodó fué algunos años catedrático de Literatura; Reyles fué maestro de conferencias— esos enlaces casuales parecen acentuar más la falta de un vínculo directo, central.²⁵ Frente a la cultura universitaria floreció a fines del siglo la cultura adquirida paciente o penosamente en el libro, con entusiasmo y distracción en la mesa de café y en el exaltado ambiente de los cenáculos. Los escritores del 900 fueron en realidad autodidactos.²⁶

La comunidad de lecturas es, por otra parte, muy visible, especialmente si se discierne dentro de la unidad los subgrupos que la integraban y que se deshacían y recomponían incesantemente. Un ejemplo: hacia 1900, por sus lecturas y hasta por

23. *El Pasado, entraña de lo actual*, pub. cit.

24. La primera publicación suya que se registra es *Poesía, en Rojo y Blanco*, Montevideo, 27-IX-1902.

25. *Literatura y Universidad*, en *Número*, año I, N^o 2, Montevideo, mayo-junio de 1949, pág. 79.

26. Véase *Proceso intelectual del Uruguay*, t. II, págs. 50-55; también, Carlos Real de Azúa: *Ambiente espiritual del 900*, en este mismo *Número*.

algunos desplantes personales, Roberto de las Carreras y Herrera y Reissig pudieron incorporarse a una corriente anarquista en la que militaban ya Sánchez y Vasseur; de éstos los aislaba la posición estética o el ostentoso dandysmo de las actitudes. Todo esto no significaba, por otra parte, que extrajeran idéntica enseñanza de los mismos autores. Baudelaire fué para Herrera una influencia formativa (no sólo de su arte, sino de su personalidad). Rodó vió en él, en cambio, una fuente para la comprensión de cierta sensibilidad exquisita, de alguna invención poética, de la exaltación dionisiaca —que, también, estudió en Nietzsche—. ²⁷ En este mismo Nietzsche se apoyó Reyes para combatir, en *La muerte del cisne*, la prédica arieísta. ²⁸ Lecturas comunes, es cierto, aunque no común asimilación.

Podrían rastrearse otros elementos que, en definitiva, contribuyen a la formación de una concepción colectiva del mundo. Uno, sobre todo, merece decirse: el periodismo. En él se formó Sánchez. (Recuérdese su primera obra importante: *Cartas de un flojo*, 1897.) A él aportaron por largos períodos o aisladas incursiones mucho de lo mejor de su vida y de su obra, Viana, Rodó, Herrera y Reissig, Quiroga. Incluso podría afirmarse que llegó a ser, en algunos casos, deformativo. Lo fué de Viana, a quien la falta de rigor y la dura necesidad redujeron a la fabricación de relatos en serie; lo fué de Rodó, cuyos menesteres periodísticos malograron o entorpecieron tanta creación.

4. *Comunidad personal*. Puede destacarse un hecho singular: sólo dos de los principales creadores del 900 nacen fuera de Montevideo (Viana en Canelones, Quiroga en Salto). Pero éstos también acuden a la capital a estudiar y se vinculan con los montevidéanos. Hay que contemplar, sin embargo, las

27. En uno de los cuadernos preparatorios de Proteo —el que su autor llamara *Azulejo*, por el color de las tapas— pueden verse resúmenes, con transcripciones y comentarios, de *Los paraísos artificiales* de Baudelaire y de textos de Nietzsche que se refieren al vino y a la embriaguez como elementos de transformación de la personalidad. Estos cuadernos se custodian en el Archivo Rodó.

28. En su estudio sobre Reyes ya señalaba Lauxar en 1918 el propósito del escritor y su aprovechamiento de la filosofía de Nietzsche tal como él la interpretaba.

desviaciones o excentricidades. Tres de ellos (Viana, Sánchez, Quiroga) ²⁹ vivieron parte considerable de su vida en la Argentina. Allí crearon obras, allí fueron reconocidos o consagrados. También Reyes residió algún tiempo en Buenos Aires —residencia que alternaba con dilatados viajes a Europa—.

Esta vinculación entre Montevideo y Buenos Aires —que ha pretextado, con mayor o menor fundamento, la anexión de algunos de los escritores citados a la literatura argentina— se robustece por las visitas que todos, sin excepción, han realizado a la Argentina. Y contribuye a subrayar la necesidad, ya denunciada por muchos, de integrar el estudio de nuestras letras en el de la literatura rioplatense. Aún es posible ampliar el objetivo, ya que si se pretendiera alcanzar la precisión, habría que establecer un cuadro del 900 proyectado sobre una perspectiva hispanoamericana. ³⁰

No se logra la comunidad personal, la conexión interindividual, por el solo hecho de vivir en la misma ciudad. En las publicaciones literarias, en los cenáculos, en el trabajo compartido del aula, en los periódicos, hay que buscar los puntos de contacto. Este grupo del 900 conoció las revistas bajo sus más diversos aspectos, desde la audaz y aislada empresa juvenil que fué la *Revista del Salto* (1899-1900), hasta la más conservadora (por eso mismo más duradera) *Vida Moderna* (1900-1903). ³¹ Tampoco faltaron los cenáculos, de signo poético (como el *Consistorio del Gay Saber* o la *Torre de los Panoramas*) o de actitud anárquica (como el *Polo Bamba* y el *Centro Internacional de Estudios Sociales*). Esta necesaria diversidad denuncia la ausencia de un centro rector, al tiempo que muestra el agrupamiento sucesivo y cambiante de los principales valores.

29. La situación de Quiroga es la más excéntrica, ya que no sólo se ausentó casi definitivamente del Uruguay en 1902, sino que vivió durante largos períodos en Misiones, incomunicado del ambiente literario rioplatense. El mismo señaló su apartamiento en una carta a José María Delgado que éste transcribe en su *Vida y obra de Horacio Quiroga*, Montevideo, Claudio García y Cía., 1939, págs. 241-42.

30. Cf. Marías, ob. cit., pág. 165.

31. Véanse en la *Crónica* de este mismo Número los trabajos de J. E. Etcheverry, J. Pereira Rodríguez y E. Rodríguez Monegal sobre las revistas literarias de la época.

No toda conexión era del tipo cordial. Y aunque no faltaron claros ejemplos —la amistad no desmentida entre Delmira y María Eugenia Vaz Ferreira— hubo, hay siempre, guerrillas; hubo polémicas y hasta desafíos caballerescos; hubo hostilidad y deliberada indiferencia.³² Todo esto no podía afectar la unidad del grupo, por motivos que Pinder ha denunciado nítidamente: “La unidad de problema, como fórmula para una comunidad generacional, no excluye en modo alguno la tensión ni los antagonismos más vigorosos: antes bien hasta *requiere* la posibilidad de su existencia. Pues sólo implica una unidad en cuanto a la tarea impuesta, mas no una unidad en cuanto a la solución”³³. Más importante que las ocasionales discrepancias es estar frente al mismo sistema de vigencias.

Otro elemento de vinculación (y de antagonismo) fué la política, que entre 1895 y 1905 llevó varias veces a las armas a los partidos tradicionales. En la nota sobre *Rodó y algunos coetáneos* se aporta un ejemplo concreto de divergencia política dentro del mismo partido. También podría recordarse el caso (citado por García Esteban) de la intervención de Sánchez y Quiroga en los dos bandos que se enfrentaron en 1897³⁴; la vinculación de Rodó y Reyles a través del club *Vida Nueva* fundado en 1901 por el último. Estas conexiones de tipo político tienden a incorporar el grupo a la generación de la que ha sido aislado por el análisis, y, por intermedio de ellas, es posible lograr un más exacto conocimiento del lugar que le corresponde en el ámbito histórico.

5. *Experiencias de la generación*. Para este grupo la experiencia fundamental fué el *Modernismo*. El cambio en la sensibilidad vital (que reclama Ortega) estaba indicado explícitamente por el contenido de *Prosas Profanas* y *Los raros* (ambos de 1896). Los jóvenes del 900 captaron ese cambio

32. Véanse en este mismo Número el artículo sobre Rodó y algunos coetáneos y las Tres polémicas literarias exhumadas.

33. Ob. cit., pág. 249.

34. Ob. cit., pág. 48. García Esteban no documenta este suceso que no han recogido los biógrafos de Quiroga.

y apuntaron en sus primeras obras su ansia de nuevas fórmulas, de nuevas rutas, de nuevos maestros. Léanse, sucesivamente, el prólogo de las *Academias*, el estudio de Rodó sobre el mismo texto (*La Novela Nueva*) y la hermosa anticipación: *El que vendrá* (todos de 1896). Se recoge allí, en variantes estilísticas, una misma situación.

Reyles expresa la ambición de crear un arte “que no sea indiferente a los estremecimientos e inquietudes de la sensibilidad *fin de siglo*, refinada y complejísima, que trasmite el eco de las ansias y dolores innumbrables que experimentan las almas atormentadas de nuestra época, y esté pronto a escuchar hasta los más débiles latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado”; también señala su respetuoso apartamiento de las fórmulas galdosianas, que han engendrado “obras verdaderamente hermosas, pero locales y *epidérmicas*, demasiado epidérmicas para sorprender los *estados de alma* de la nerviosa generación actual y satisfacer su curiosidad del *misterio* de la vida”; subraya su voluntad de estudio, no de entretenimiento, y afirma: “la novela moderna debe ser obra de arte tan exquisito que afine la sensibilidad con múltiples y variadas sensaciones, y tan profundo que dilate nuestro concepto de la vida con una visión nueva y clara”; para concluir con arrogancia, hablando en nombre de su generación: “Tengo mi verdad y trataré de expresarla valientemente, porque yo, asombrado lector, humilde y todo, pertenezco a la gloriosa, aunque maltrecha y ensangrentada falange, que marcha a la conquista del mundo con un corazón en una mano y una espada en la otra”.

Por su parte Rodó sienta el principio de una literatura universal, apuntando que la intención de Reyles “parecerá punible a los que defienden, como el sagrado símbolo de la nacionalidad intelectual, el aislamiento receloso y estrecho, la fiera de la independencia literaria, que sólo da de sí una originalidad obtenida al precio de la incomunicación y la ignorancia candorosa; parecerá punible a los huraños de la existencia colectiva, a quienes es necesario convencer de que la imagen ideal del pensamiento no está en la raíz que se soterra sino en la copa desplegada a los aires, y de que las fronteras del mapa no

son las de la geografía del espíritu, y de que la patria intelectual no es el terruño"; asimismo amplía la perspectiva del novelista al exclamar: "rumbos nuevos se abren a nuestras miradas allí donde las de los que nos precedieron sólo vieron la sombra, y hay un inmenso anhelo que tienta cada día el hallazgo de una nueva luz, el hallazgo de una ruta ignorada, en la realidad de la vida, en la profundidad de la conciencia".

A estas palabras cabría agregar las de los dos párrafos de *El que vendrá* en que explana su esperanza mesiánica: "Entretanto, en nuestro corazón y nuestro pensamiento, hay muchas ansias a las que nadie ha dado forma, muchos estremecimientos cuya vibración no ha llegado aun a ningún labio, muchos dolores para los que el bálsamo nos es desconocido, muchas inquietudes para las que todavía no se ha inventado un nombre. (...) Todas las torturas que se han ensayado sobre el verbo, todos los refinamientos desesperados del espíritu, no han bastado a aplacar la infinita sed de expiación del alma humana. También en la libación de lo extravagante y de lo raro han llegado a las heces, y hoy se abrasan sus labios en la ansiedad de algo más grande, más humano, más puro. Pero lo esperamos en vano. En vano nuestras copas vacías se tienden para recibir el vino nuevo: caen marchitas y estériles en nuestra heredad, las ramas de las vides, y está enjuto y trozado el suelo del lagar... (...) El vacío de nuestras almas sólo puede ser llenado por un grande amor, por un grande entusiasmo; y este entusiasmo y ese amor sólo pueden serle inspirados por la virtud de una palabra nueva. Las sombras de la Duda siguen pesando en nuestro espíritu. Pero la Duda no es, en nosotros, ni un abandono ni una voluptuosidad del pensamiento, como la del escéptico que encuentra en ella curiosa delectación y "blanda almohada"; ni una actitud austera, fría, segura, como en los experimentadores; ni siquiera un impulso de desesperación y de soberbia, como en los grandes rebeldes del romanticismo. La Duda es en nosotros un ansioso esperar; una nostalgia mezclada de remordimientos, de anhelos, de temores; una vaga inquietud en la que entra por mucha parte el ansia de creer, que es casi una creencia... Esperamos; no sabemos a

quién. Nos llaman; no sabemos de qué mansión remota y oscura. También nosotros hemos levantado en nuestro corazón un templo al dios desconocido".³⁵

La sensibilidad aquí expresada encuentra su ámbito en el Modernismo.

Por Modernismo (aclaro) no debe entenderse únicamente la revolución poética promovida por Rubén Darío en las dos últimas décadas del siglo XIX. Una interpretación tan limitada —en la que incurrió parcialmente Salinas³⁶— no parece adecuada. Se puede compartir, en cambio, la interpretación amplia de Federico de Onís: "El modernismo es la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, la ciencia, la religión, la política y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por lo tanto, de un hondo cambio histórico cuyo proceso continúa hoy".³⁷ Más amplia aún, aunque ya no utilizable aquí, es la de Juan Ramón Jiménez: "El "modernismo", aceptado en nombre o no por los que le dieron motivo y razón, el auténtico "modernismo" que, como un río, corría bajo su propio nombre con destellos ideales y espirituales posibles para él, fué, es, seguirá siendo la realidad segura con expresión accidental mejor o peor, de un cambio universal ansiado, necesitado hacia 1900, repito: un reencuentro fundamental de fondo y forma humanos o más que humanos (ya Nietzsche, actual y universal por escritura y espíritu, fué un "modernista" en su Alemania)." ³⁸

El Modernismo aparece incorporando simultáneamente a la literatura nacional un conjunto de corrientes que en las le-

35. Las Academias han sido reeditadas por C. García y Cía. (Montevideo, 1940); véanse los textos citados en las páginas 33-36. Los dos ensayos de Rodó, publicados por vez primera en la Revista Nacional, fueron recogidos en el primer opúsculo de su autor: *La vida nueva* (Montevideo, 1897).

36. El problema del modernismo en España, o un conflicto entre dos espíritus, en ob. cit., págs. 15-41.

37. Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932), Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1934, pág. XV.

38. Crisis del espíritu en la poesía española contemporánea, en *Nosotros*, 2ª época, año V, Nº 48-49, Buenos Aires, marzo-abril 1940, pág. 167.

tras y el pensamiento europeos (como ha señalado el mismo de Onís) se presentaban desvinculadas y, a veces, antagónicas: Parnaso y Simbolismo, en poesía; naturalismo y psicologismo en novela y teatro; positivismo e idealismo en filosofía; socialismo y anarquismo en sociología.³⁹ Entendido esto así, parece imposible seguir refiriéndose a una *escuela modernista*, y sí, únicamente, a un *movimiento modernista*⁴⁰; lo que explicaría, al mismo tiempo, la diversidad de actitudes que una mirada superficial denuncia en el grupo del 900: junto al laborioso (y malo) análisis psicológico del primer Viana, la sutileza de Rodó; junto al crudo naturalismo de algunos dramas de Sánchez, la barroca arquitectura de ciertos poemas de Herrera y Reissig. Ya Salinas había señalado oportunamente (contra la empecinada confusión de Baroja) la distinción capital entre generación y escuela literaria: "... las escuelas literarias no son otra cosa sino las distintas soluciones que una generación ofrece a un único problema".⁴¹

6. *Caudillaje*. En sentido absoluto no hay ningún caudillo en el grupo, lo que, por otra parte, está de perfecto acuerdo con el culto de la propia personalidad, con el individualismo acrático, del Modernismo. Hay, en cambio, un modelo o paradigma, ante quien oscilaron los escritores del grupo entre la aceptación plena y el desvío consciente: Rubén Darío. Y no sólo para los poetas; también fué maestro de prosistas: de Víctor Pérez Petit, cuyos *Modernistas* (1903), continuaron (qui-

39. En el prólogo a las Academias mencionaba Reyes algunos nombres que representaban tales corrientes: Bourget, Huysmans, Barrès, Tolstoy, Ibsen, D'Annunzio, Schopenhauer, Wagner, Stendhal, Renan, los Goncourt. En carta a Rodó del 12-IV-1899 apunta otros, exclusivamente franceses. Escribe: "Se lee mucho a Baudelaire, a Mallarmé y Verlaine; algo menos a Moréas, Heredia, Coppée y Regnier, y poco, aunque también algo, a Rimbaud, Francis Jammes, Viélé-Griffin y Hugues Rebell. Entre los noveladores reinan aún los pontífices del naturalismo. Flaubert, Zola y Goncourt, dejándose también sentir la influencia de Stendhal, Merimée, Bourget, Huysmans, France y Barrea. Remy de Gourmont, casi todos los poetas y noveladores que escriben en el *Mercur de France*, *L'Ermitage*, *La Plume* y otras revistas de la misma índole, empiezan a leerse, pero no puede decirse que inspiren a nadie". (La carta se conserva en el Archivo Rodó.) Véase, también, el artículo ya citado de Real de Azúa.

40. Véase la distinción que establece José E. Etcheverry entre Modernismo y Novacentismo en su estudio sobre la Revista Nacional, en este mismo Número.

41. Ob. cit., pág. 54.

sieron continuar) la línea de *Los raros*; de Rodó, que dedicara un libro a la exégesis de *Prosas profanas*, aunque más tarde —en su condición de varón americano— llegara a presentarse casi como antagonista.⁴²

Por otra parte, parece evidente el intento del mismo Rodó, de Herrera y Reissig, de imponer su jefatura. Desde el noble magisterio de *Ariel* pretendió el joven crítico no sólo adoctrinar a la "juventud de América", sino también a su propia generación, ya que la labor de porvenir que esbozaba le competía también a ella; tampoco puede ignorarse el propósito que abrigó Herrera de implantar desde la *Torre de los Panoramas*, una dictadura poética. La parte de broma que hubiera en sus decretos o en su actitud de *Imperator*, no excluía la firme voluntad de encauzar en un sentido determinado la nueva poesía uruguaya.⁴³ Y si se enfoca colectivamente el problema —si se contempla el conjunto y no sólo las figuras capitales— parece indudable que tanto Rodó como Herrera ejercieron una jefatura intelectual o poética sobre sus contemporáneos.⁴⁴

7. *Lenguaje generacional*. Nada resulta hoy más evidente. Por encima de la variedad de estilos, se acusa la unidad de *estilo*. Su lenguaje es el del Modernismo, con lo que la voz implica de renovación de los medios expresivos, de transformación idiomática, de imaginería verbal. Esta circunstancia no estatuye la uniformidad; por el contrario, cada uno usó el lenguaje común, acentuando ciertos efectos o borrándolos; ajustando el ritmo de todos a su propio pulso, a las necesidades de su escritura.

42. Parte del desvío de Rodó se debió a un incidente personal, de enojosas consecuencias —cuyo resumen puede verse en este mismo Número—. Pero quizá lo fundamental esté en la circunstancia de que para Rodó, Darío siguió siendo el cantor versallesco y sensual de *Prosas profanas*: un poeta puro. (Véase, en este sentido, Roberto Ibáñez: José Enrique Rodó y la poesía pura, en *Marcha*, año IX, Nº 877, Montevideo, 2-V-1947, pág. 14.)

43. Véase la Polémica en torno de Herrera y Reissig, en este mismo Número.

44. Actúan aquí dos de los tipos señalados por Petersen: el directivo y el dirigido. Su acuerdo contribuye a acentuar la impresión de unidad que, vista desde fuera, presenta la generación.

8. *Anquilosamiento de la vieja generación.* El testimonio, ya invocado, de Reyles y de Rodó demuestra que la inquietud de los jóvenes no hallaba eco en la obra de sus mayores. Esto no significa que hubiera que romper, por medio de la violencia, con la generación anterior. Hasta es posible señalar en una primerísima etapa un acuerdo cortés que se evidencia, por ejemplo, en el tono general de la *Revista Nacional* (1895-97).⁴⁵ De esa misma etapa es la afirmación, tan conciliadora, del joven Rodó: "Para quien las considera con espíritu capaz de penetrar, bajo la corteza de los escolasticismos, en lo durable y profundo de su acción, las sucesivas transformaciones literarias no se desmienten: se esclarecen, se amplían; no se destruyen ni anulan: se completan".⁴⁶

Por otra parte, algunas figuras de la vieja generación continuarán alternando con los jóvenes. Destaco dos: Zorrilla de San Martín, Acevedo Díaz.⁴⁷ Todo esto resulta normal ya que es éste un período de gestación y, por consiguiente, para los jóvenes es tanto más deseable la interacción de ambas generaciones.

No menos cierto es, sin embargo, que la publicación de *El extraño* de Reyles (1897), del *Rubén Darío* de Rodó (1899), de *Los arrecifes de coral* de Quiroga (1901) y la fundación de la *Torre de los Panoramas* (hacia 1901), significaban un rompimiento con la anterior generación, los primeros actos que conducían a la toma del poder. Esto puede confirmarse, también, en las obras colectivas, en el programa de presentación de las revistas juveniles, desordenada profesión del descontento y del deseo de renovar el ambiente, que asoma detrás de los convencionalismos del género. Así, por ejemplo, la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* expresará en su *Pro-*

45. Véase J. E. Etcheverry, art. cit.

46. *La vida nueva*, pág. 42.

47. Si se consulta el sumario de las revistas de la generación se verá aparecer ambas firmas entre las de los jóvenes. Esto se debió no sólo a su longevidad —sobrevivieron a Herrera y Reissig, a Sánchez, a Delmira, a Rodó—; sus relaciones con los jóvenes fueron cordiales y, en algunos casos, de verdadera amistad. Un ejemplo: Zorrilla compartió con Manuel Ugarte y Carlos Vaz Ferreira el honor de ser testigo de la novia en la boda de Delmira con Enrique Job Reyes.

grama la voluntad de "sacudir el marasmo en que yacen por el momento las fuerzas vivas de la intelectualidad uruguaya". En el primer número de *La Revista* traza Herrera y Reissig el cuadro del momento: "... la Literatura (...) es entre nosotros o bien un feto que está por nacer, o un pantano que se pudre en la más vergonzosa estagnación, sin que una sola corriente trate de darle vida y sin que sea posible asegurar que, en tiempo no lejano, llegue a ser considerada como el más ridículo de los mitos. (...) Pero, de todos modos y en cualquier época los literatos han sido considerados y estimulados honrosamente y, aquellos tiempos, no lejanos, en que los triunfos del orador y del poeta llenaban de aplausos las salas en que se verificaban los certámenes, forman raro contraste con estos días de enervamiento y frivolidad, en que no existen centros literarios, y en que se fundan *footballs*, presenciándose, al revés del triunfo de la cabeza, el triunfo de los pies, y, mientras el Ateneo, no es, en realidad, sino un bello cadáver de arquitectura que luce su robusta mole frente a la estatua de la Libertad". Y hasta *Vida Moderna* —tan conciliadora, en verdad— no vacila en declarar: "Y a eso venimos; a sacudir el marasmo en que viven los hombres de pensamiento [aunque añade:] y a recoger con el respeto y la veneración que merecen, los frutos, de los que a pesar de todo luchan, de los que trabajan en la sombra, de los que se agotan en estériles esfuerzos, condenadas sus obras a no ver jamás la luz".⁴⁸

Al reseñar el ensayo de Petersen señala sagazmente Marías que de los ocho factores indicados, tres se refieren directamente a la vida colectiva (fecha de nacimiento, elementos educativos, anquilosamiento de la vieja generación) y apuntan a los mismos elementos que indicaba Ortega bajo el nombre de zona de fechas y vigencia; dos se refieren a la vida interindividual (comunidad personal, experiencia de la generación); otros dos, al grupo abstracto, en este caso literario, que se es-

48. Véanse *Revista Nacional*, año I, Nº 1, Montevideo, 5 de marzo de 1895, pág. 1; *La Revista*, año I, Nº 1, Montevideo, 20 de agosto de 1899, págs. 1-6; *Vida Moderna*, año I, Nº 1, Montevideo, noviembre de 1900; págs. 5-6.

tudia (caudillaje, lenguaje generacional); el primero, en fin, es de carácter biológico. De aquí cabe deducir fácilmente —y el examen realizado lo confirma— que únicamente los indicados en primer término apuntan a elementos decisivos en la determinación de las generaciones.

III

¿Es posible extraer del examen cumplido la convicción de que el grupo del 900 vivía en un mismo mundo de vigencias; de que los problemas se les planteaban del mismo modo a sus integrantes? Se ha visto que pese a claras diferencias (por racionales que parecieran ser), en lo fundamental —zona de fechas, vigencias compartidas, actitud polémica frente a la generación anterior— evidenciaban una postura común. Incluso podría anotarse en todos una misma posición frente a la creación literaria o intelectual, independiente de la tendencia en que militasen. Todos la concibieron desde un plano universal, levantando el punto de mira, incorporando su obra a la gran tradición literaria occidental (y no meramente española). Ni siquiera aquellos que practicaron con voluntad el regionalismo (Viana, Quiroga, Sánchez, Reyles) se redujeron a un estrecho nacionalismo. Intentaron —aunque no siempre pueda asegurarse que lograron— trascender las limitaciones de lo regional. Quiroga en *Los desterrados*, Sánchez en *Barranca abajo*, levantaron luminosos ejemplos. En otro orden, puede asegurarse que Rodó construyó su americanismo a escala universal.⁴⁹ Vaz Ferreira repensó, desde esta latitud, la problemática del 900. Herrera y Reissig —cuyo exotismo nadie puede ignorar— esbozó en un curiosísimo discurso de 1909 la armonización de lo

49. En carta a Rufino Blanco Fombona de noviembre de 1897 establecía Rodó una distinción importante entre su americanismo y el de su corresponsal: "Yo profesaré siempre el lema americanista que una vez escribí y que tan grato ha sido a Vd.; pero nos diferenciamos en que su americanismo me parece un poco belicoso, un poco intolerante; y yo procuro conciliar con el amor de nuestra América, el de las viejas naciones a las que miro con un sentimiento filial". El borrador se conserva en el Archivo Rodó.



Horacio Quiroga.



Carlos Vaz Ferreira.

primitivo gauchesco con lo primitivo helénico, señalando los términos de una alianza que la muerte le impidió quizá tentar.⁵⁰

Esta interpretación (es claro) no agota el problema. Apenas ayuda a concebir los fundamentos sobre los que podrá realizarse un examen detenido. Habría que proceder ahora a la reconstrucción del proceso histórico de la generación, trazando, en primer término, el cuadro total de las vigencias, señalando luego las distintas etapas por las que pasa (desde su período de gestación hasta la retirada), para extraer entonces sus rasgos más característicos, su intransferible figura. Tal empresa —que no podría prescindir del estudio de la generación histórica entera— excede los límites de este trabajo. Sólo es posible apuntar aquí —y a modo de anticipo— las líneas fundamentales de tal labor.

Nada cabe agregar a lo enunciado ya con respecto a la experiencia generacional, sobre todo si se tiene en cuenta la necesaria referencia (allí indicada) al completo estudio de Carlos Real de Azúa sobre el *Ambiente espiritual del 900*. Pero es imprescindible completar aquellas precisiones con el trazado de las etapas en que se realiza esta generación.

La proximidad de los años de nacimiento permitía establecer empíricamente una zona de fechas cuyos topes serían 1865 y 1880. Tomando como base este período, cuya fecha central (de nacimiento) es 1872, puede establecerse una segunda etapa (1880-1895) en la que la generación se educa y forma, y una tercera (1895-1910) que corresponde en este caso al pe-

50. Hacia 1907 expresaba Herrera y Reissig el programa americanista de su revista *La Nueva Atlántida*, a través de la pluma de su fiel César Miranda: "Dada la existencia, por otra parte, en el sentir y en el pensar de los pueblos de América, como entidad superior —según dijo no ha mucho el prosista de Ariel— de una gran patria Americana como resumen y por cima de todas las patrias pequeñas, urge necesariamente la publicación de una revista que vivifique ya que parece agotarse por dispersa, en un haz maravilloso, la producción americana, de triunfadoras florecencias de juventud, estrechando a la par, para hacerlas más fuertes y más íntimas, las relaciones culturales de América, como único medio de alcanzar, lo más pronto posible y para siempre, en este continente del Futuro, por sobre desconfianzas y fronteras, como un anhelo secular del alma colectiva, la suprema armonía de todos los ingenios". (Véase pub. cit., año I, Nº 1, págs. 74-75.) El discurso fúnebre pronunciado en memoria de Alcides de María está publicado en *La Razón* (26-V-1909).

río llamado de *gestación*, es decir, el momento en que la generación accede a la vida pública, señala una actitud de revisión de valores e intenta imponer su sistema de vigencias. Es un momento polémico, que apunta contra la anterior generación.⁵¹ La fecha central de esta etapa (1902) es la central de la generación, que debiera llamarse, con mayor precisión, *la generación de 1902*.⁵² Una cuarta etapa (1910-1925) muestra a la unidad ya en el poder, cumpliendo su gestión y enfrentándose con una generación más nueva que la combate e intenta suplantarla. La última etapa (1925-1940) señala la retirada, que no es lícito entender en términos absolutos.

De las cinco etapas fijadas empíricamente dos revisten particular importancia: la tercera y la cuarta. En esta generación se da un caso singular: la más intensa no es esta última sino la etapa anterior. En efecto, en los quince años que corren desde 1895 se producen y publican algunas de las obras capitales del grupo. El período se abre con los libros, inmaduros o precursores, de un Roberto de las Carreras: *Al lector* (1894) y *Sueño de Oriente* (1899); con las más ambiciosas narraciones de Viana: *Campo* (1896), *Gaucha* (1899) y *Gurí y otras novelas* (1901); con las *Academias* modernistas de Reyles: *Primitivo* (1896), *El extraño* (1897), *El sueño de Rapiña* (1898); Vaz Ferreira renueva la enseñanza y las concepciones vigentes con la *Psicología experimental* (1897); Rodó publica trabajos significativos, de joven madurez: *La vida nueva* (1897), *Rubén Darío* (1899) y *Ariel* (1900). Entre 1903 y 1905, estrena Sánchez, vertiginosamente sus mejores piezas: *M'hijo el doctor* (1903), *La gringa* (1904), *Barranca abajo*, *Los muertos*, *En familia* (1905). Los poetas aparecen algo retrasados. *Los arrecifes de coral* (1901) de Quiroga es obra inmadura y agria; señala, además, una vocación errónea. Tampoco

51. Con respecto a la polémica entre generaciones ha expresado Ortega: "No es, por fuerza, de signo negativo, sino que, al contrario, la polémica constitutiva de las generaciones tiene en la normalidad histórica la forma, o es formalmente secuencia, discípulo, colaboración y prolongación de la anterior por la subsecuente". (Véase *Los tres "hoy"*, etc., en pub. cit.)

52. Recuérdese que Ortega había determinado también para España una generación cuya fecha central era también 1902.

facilitan las primeras obras de Herrera y Reissig una imagen cabal de su poesía; habrá que esperar a *Las Pascuas del Tiempo* (1901), a *Los Maitines de la noche* (1902), a *La Vida* (1903), para descubrir las posibilidades del gran lírico —aunque su mejor producción se logre más tarde aún, entre 1904 y 1909. Tampoco puede olvidarse el extraordinario florecimiento de las revistas en este período, desde la perdurable *Revista Nacional* (1895-97) hasta la fugaz *Nueva Atlántida* (1907).

Los últimos años ofrecen una asombrosa producción. Cabe señalar, por lo menos, las siguientes obras: cuatro de Vaz Ferreira: *Problemas de la libertad* (1907), *Moral para intelectuales* (1908), *Pragmatismo* (1909) y *Lógica viva* (1910); la dostoeievskiana *Historia de un amor turbio* y *Los perseguidos* (1908) de Quiroga; *Motivos de Proteo* (1909) de Rodó; *Los peregrinos de piedra* (1910) de Herrera y Reissig; ⁵³ los *Cantos de la mañana* (1910) de Delmira Agustini; *La muerte del cisne* (1910) de Reyles; *Macachines* (1910) de Viana. Este mismo esplendor se compensa, cruelmente, con la desaparición en 1910 de Herrera y Reissig y Sánchez.⁵⁴ La muerte no tiene para ambos el mismo significado: Florencio fallece en el colmo de su fama, impuesto ya su teatro; Julio Herrera muere en plena lucha, negado por muchos, exaltado ilimitadamente por otros. Para el primero este período no fué sólo de gestación; para el segundo, la gestión la realizaría la propia obra, cuya influencia sobre la generación siguiente no cesó de crecer, hasta convertirse en voz directriz para la poesía ultraísta.⁵⁵

La cuarta etapa ofrece también su cosecha de muertes. Después de la culminación de *Los cálices vacíos* (1913) y antes de publicar *Los astros del abismo*, muere asesinada, en 1914,

53. Julio Herrera preparó la edición de *Los peregrinos*. En su Archivo se custodian pruebas de galera corregidas por él mismo. Por otra parte, la primera edición dice en su portada la fecha de impresión: 1909. Causas circunstanciales retrasaron la impresión total de la obra y el poeta murió antes de poder verla concluída y en las librerías.

54. Es asombrosa la coincidencia cronológica de Herrera y Sánchez. El primero nació el 9 de enero de 1875; el segundo el 17 de enero del mismo año. Murieron, respectivamente, el 18 de marzo y el 7 de noviembre de 1910.

55. Véase Guillermo de Torre: *Literaturas europeas de vanguardia*, Madrid, Caro Raggio, 1925, págs. 114-124.

Delmira. Rodó explana su magisterio en *El Mirador de Próspero* (1913), pero fallece (1917) antes de completar *Proteo*. (Editores póstumos, no siempre bien intencionados, se encargan de *El camino de Paros*, 1918, y del incompleto *Epistolario*, 1921.) Hacia el final del período, mueren María Eugenia Vaz Ferreira (1924), que alcanzó a preparar una rigurosa auto-antología: *La isla de los cánticos*, y Javier de Viana (1926) que, con criterio simétricamente opuesto, abundó en títulos de irritante, de reiterada mediocridad, convirtiéndose en el *best-seller* de la generación. Por otra parte, mucho antes de su muerte había perdido el narrador toda auténtica significación literaria; mientras que los últimos años de María Eugenia estuvieron ensombrecidos por la locura.

El grupo quedó reducido a tres figuras mayores (Reyles, Vaz, Quiroga). En esos años alcanzan plena madurez. Quiroga publica sucesivamente: *Cuentos de amor de locura y de muerte* (1917), *Cuentos de la selva* (1918), *El salvaje y Las sacrificadas* (1920), *Anaconda* (1921), *El desierto* (1924), *La gallina degollada y otros cuentos* (1925) y *Los desterrados* (1926). Vaz Ferreira recogerá su enseñanza viva en algunos libros ocasionales, sin sistematizar nunca su pensamiento: *Sobre la propiedad de la tierra* (1918), y *Estudios pedagógicos* (1921-22). Reyles publica *El terruño* (1916), los *Diálogos olímpicos* (1919) y *El embrujo de Sevilla* (1921). El éxito resonante de esta última novela no puede disimular, sin embargo, que su autor estaba ya agotado como creador y que casi todas sus novelas son intentos, no siempre afortunados, de dilatar un suceso ya ejecutado como cuento.⁵⁶

Este período de gestión no alcanzó la significación necesaria precisamente por la ausencia irreemplazable o por la neutralización de tantas figuras. Por su parte, la guerra del 14 —y su desorientada postguerra— ejemplificarían un cambio en la sensibilidad vital que habría de clausurar, en gran medida, la vigencia de toda la generación.

56. Véase el estudio de Mario Benedetti sobre Reyles en este mismo Número.

En la última etapa escasean los títulos. Quiroga publica una mala novela (*Pasado amor*, 1929) y un volumen de cuentos desiguales (*Más allá*, 1935); Vaz Ferreira dos obras significativas: *Sobre feminismo* (1933) y *Fermentario* (1938), Reyles cuatro: *El gaucho Florido* (1935), *Incitaciones* (1936), *Ego Sum* y *A batallas de amor...* (ambas de 1939, póstumas). Gracias a editores perfectibles realiza Rodó una fugaz reaparición: los *Últimos Motivos de Proteo* (1930). En 1937 se suicida Quiroga; Reyles muere al año siguiente; Vaz Ferreira los sobrevive y se sobrevive, aportando un luminoso ejemplo de longevidad en una generación que estuvo retaceada por la muerte.

La temprana desaparición de muchos de sus creadores más significativos reduce la actuación colectiva de esta generación —no la aislada de cada individuo— a un lapso de unos treinta años: 1895-1925. Esto si afectó a su obra —producida intensamente, en breve espacio— no afectó a su vigencia. Por el contrario, la generación que debió enfrentarla y que la sucedió, no sostuvo una actitud iconoclasta. Prolongó, dentro de lo posible, con ejemplar docilidad, su enseñanza poética e intelectual. (El único realmente negado fué Rodó, quizá por lo mismo que su obra poseía mayor densidad, comprometía más ancho campo. Pero hoy es posible advertir que esa negación dejó intactos los fundamentos éticos y estéticos de su obra.)

Esta misma aquiescencia de los herederos podría explicar la impostergable necesidad que todos sienten ahora de proceder a la revisión de valores de este grupo literario, de esta generación del 900. Como una contribución a esa tarea se han trazado estos apuntes.